

# RITOS ATEMPORALES Y ARQUITECTURA DE TRANSICIÓN. LA ARQUITECTURA RELIGIOSA EN LA ISLA DE EL HIERRO DURANTE EL PROCESO DE ACULTURACIÓN DEL PUEBLO ABORIGEN CON LOS COLONOS EUROPEOS

---

GUILLERMO QUINTERO PADRÓN

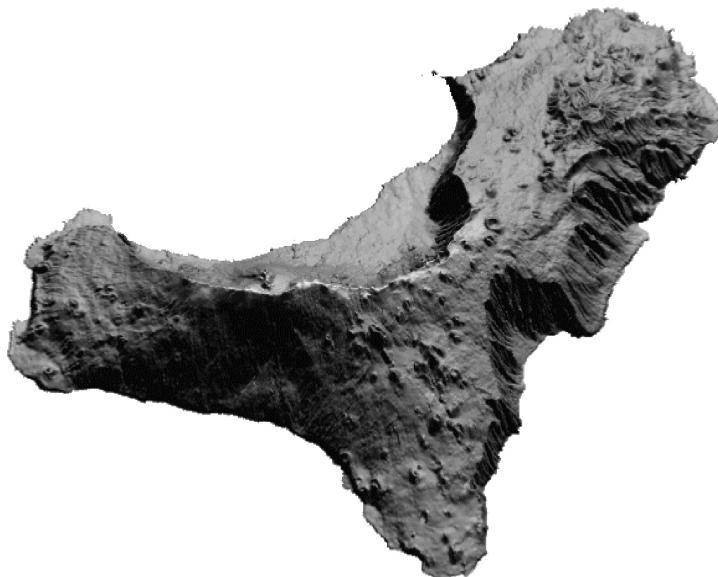
La isla de El Hierro [1], situada frente a las costas africanas, es aún hoy la frontera más occidental y meridional del territorio español e incluso europeo; así lo exhibe el nombre de uno de sus dos municipios, La Frontera. La Punta de Orchilla, que luce hoy un magnífico faro, fue conocida en toda Europa porque por allí pasó el meridiano cero hasta finales del siglo XIX; era la última tierra que avistaban los marineros que hacían la ruta hacia el Nuevo Mundo antes de adentrarse en el océano; fue símbolo de alegría para los que regresaban y guía certera para los que se marchaban, aunque eran escasísimos los buques que se acercaban a sus costas.

Entre los siglos XIV y XVI se produjo una gran transformación en la isla y en su población. Estaba habitada, desde principios de nuestra era, por un pueblo de origen africano y de raíz beréber, los *bimbapes*<sup>1</sup>. Este pueblo llegó a desarrollar una cultura material y espiritual con características propias y con manifestaciones originales, perfectamente diferenciadas y diferenciables de las que se desarrollaron en las otras islas del archipiélago.

Las islas fueron conocidas desde la antigüedad<sup>2</sup>, pero la Edad Media condujo al olvido del archipiélago, del que no se volvieron a tener noticias en Europa hasta fi-

---

<sup>1</sup> Bimbapes = bimbapos = bimbaches. Nombre con que se conoce a los aborígenes herreños que habitaban la isla con anterioridad a la conquista normanda.



[1] Isla de El Hierro. Orogafía.

nales del siglo XIII. A principios del XIV comenzaron a llegar a sus costas navíos europeos y hay constancia de que navegantes mallorquines, portugueses, genoveses y catalanes<sup>3</sup> pasaron por varias islas, algunos con intenciones misioneras y evangelizadoras, pero otros buscando fortuna y nuevas salidas a una Europa que se les estaba quedando estrecha al finalizar la Edad Media; fue en este momento cuando comenzó la cacería de esclavos canarios y su venta en mercados europeos y africanos<sup>4</sup>.

Los primeros colonos europeos que se asentaron en la isla a principios del siglo XV eran mayoritariamente normandos<sup>5</sup>; más tarde llegaron castellanos y portugueses

<sup>2</sup> Ptolomeo, Pomponio Mela, Salustio y Plutarco, entre otros, han dejado suficiente información, aunque contradictoria, sobre las Canarias.

<sup>3</sup> RUMEU DE ARMAS, Antonio: «La exploración del Atlántico por mallorquines y catalanes en el siglo XIV», *Anuario de Estudios Atlánticos*, n.º 10, año 1964, págs. 163-178.

<sup>4</sup> BLANCO, Joaquín: *Breve noticia histórica de las Islas Canarias*. Madrid, Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1976, pág. 47.

<sup>5</sup> DARÍAS Y PADRÓN, Dacio V.: *Noticias generales históricas sobre la isla del Hierro*. Santa Cruz de Tenerife, Goya Ediciones, 1980, pág. 41. Ver también PICO, Berta; AZNAR, Eduardo y CORBELL, Dolores: *Le Canarien. Manuscritos, transcripción y traducción*. La Laguna, Instituto de Estudios Canarios, 2003, pág. 77 (Manuscrito «G», 19v).

que compartieron territorio con el pueblo aborigen, pero sólo en la segunda mitad del siglo XVI se puede hablar de fusión entre los dos pueblos, ya que las diferencias entre aborígenes y europeos se habían reducido considerablemente. Sin embargo, los escritores contemporáneos eran conscientes de que había un grupo de herreños nuevos, de origen europeo, y otro formado por los descendientes de los *bimbapes*<sup>6</sup>. La fusión entre los dos grupos se vio favorecida más por el aislamiento y la necesidad que por la política protectora que algunos atribuyen a los reyes castellanos, pues además de que sus directrices alcanzaban menos a las islas de señorío que a las de realengo, estaban guiadas más por las buenas intenciones que por las auténticas necesidades insulares, lo que se advierte en que apenas invirtieron recursos económicos ni humanos en El Hierro.

El proceso de aculturación fue lento y complejo. Aún resulta bastante difícil hacer afirmaciones sobre este período sin caer en dudas razonables; la oscuridad sigue marcando muchos acontecimientos, en parte por la escasez de documentos materiales y escritos de la época, pero también por el poco interés que han mostrado los historiadores canarios por el tema. Así pues, nada de lo que digamos es concluyente, siempre abiertos a nuevas investigaciones que puedan dar luz a esta penumbra.

Una serie de ritos, cultos, costumbres y tradiciones que aún hoy perviven casi inalterados en la isla de El Hierro, tienen un origen indudable en épocas anteriores a la conquista o nacieron, se consolidaron y tomaron su aspecto actual en ese período de aculturación. Seguir su curso nos permite comprobar que no se produjo ninguna ruptura violenta, a pesar de las fricciones propias de dos culturas tan diferentes, por lo que el comienzo a partir de cero que parece desprenderse de la mayoría de las historias insulares es cuestionable, pues en El Hierro las transformaciones se llevaron a cabo de lentamente y los dos pueblos fueron asimilando características de sus vecinos hasta quedar totalmente unidos y confundidos.

Entre las costumbres y ritos más destacados e interesantes, están aquellos de carácter religioso, que no católico, que se han desarrollado en torno a las grandes necesidades y problemas del pueblo herreño, como la escasez de agua<sup>7</sup>, la pobreza del terreno y sus habitantes, las pequeñas dimensiones del territorio, el aislamiento, los devastadores temporales de agua y viento y las plagas de langosta<sup>8</sup> procedente

<sup>6</sup> ABREU GALINDO, Fray Juan de: *Historia de la conquista de las siete Islas Canarias*. Santa Cruz de Tenerife, Goya Ediciones, 1977, pág. 51.

<sup>7</sup> TEJERA GASPAR, Antonio y GONZÁLEZ ANTÓN, Rafael: *Las culturas aborígenes canarias*. Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Canarias, S.A., 1987, pág. 45. Más que en ninguna otra isla, la lluvia dominaba de una forma muy especial todo el ritual de los bimbapes, pero siguió dominándolo incluso después de la conquista.

<sup>8</sup> BRITO GONZÁLEZ, Oswaldo: «La langosta en Canarias durante el Antiguo Régimen», *Anuario de Estudios Atlánticos*, n.º 35, año 1989, págs. 67-102.

del norte de África, que destrozaban las cosechas y dejaban sin alimento a hombres y animales.

La insularidad ha marcado profundamente la historia de este rincón del Atlántico; ya los aborígenes sufrieron la incomunicación con las demás islas, causa de las llamativas diferenciaciones culturales que advirtieron los cronistas, extrañas tratándose de pueblos con una raíz común. Las comunicaciones interinsulares comenzaron a partir de la «conquista Bethencouriana», pero no se alcanzaron unas condiciones de regularidad, seguridad y comodidad aceptables hasta bien avanzado el siglo XX, ya que la navegación interinsular fue siempre escasa, enormemente irregular y no exenta de riesgos y dificultades; la considerable distancia de El Hierro, las violentas corrientes marinas, las frecuentes tempestades y las costas difícilmente accesibles, con escasísimos, inapropiados y reducidos desembarcaderos, explicarían este aislamiento y abandono.

Los aborígenes, ante una sequía, se desplazaban a ciertos puntos de las cumbres insulares, a un lugar que los cronistas denominan «Los Santillos» y allí imploraban a la divinidad para que regara sus campos; para resultar más patéticos ayunaban durante varios días, destetaban las crías del ganado y con *gánigos*<sup>9</sup> vacíos en las manos imploraban mirando al cielo para que les fuera enviada la lluvia. Después de conquistados y durante el proceso evangelizador, compartiendo ya territorio con los colonos, continuaban haciendo rogativas para demandar el agua, desplazándose procesionalmente hacia las cumbres de la isla, donde estaban los mejores montes y los mejores pastos, para pedir a sus divinidades protectoras las necesarias lluvias.

Allí, todos reunidos, antes o después de la llegada de los europeos, gritaban, lloraban y se desesperaban hasta que obtenían lo que demandaban. Si el cielo no daba agua el aborigen moría y, después de la conquista, el herreño, si se retrasaban las lluvias, debía de emigrar, con lo que esto suponía de desarraigo.

Poseían los aborígenes un animal totémico, un cerdo sagrado, el *Aranfaybo*, que permanecía oculto en la cueva de *Tacuytunta*, desde donde era sacado, enrollado en un *tamarco*<sup>10</sup>, como último recurso, trasladándolo procesionalmente por las cumbres insulares para que les sirviera de mediador; él hacía llover<sup>11</sup> y, así, cuando habían logrado la demanda soltaban al animal, que retornaba, a la vista de todos, a su cueva.

Cristianizada la isla, se desplazaban los herreños hasta La Dehesa, pues allí tenían los pastores una imagen de la Virgen que consideraban milagrosa. La Virgen de Los Reyes era venerada y custodiada inicialmente en una cueva natural, luego en una artificial (su primera ermita de piedra seca), y la sacaban procesionalmente a los campos para im-

---

<sup>9</sup> Cuencos de madera o cerámica.

<sup>10</sup> Especie de esterilla elaborada con fibras vegetales, principalmente con hojas de palmera.

<sup>11</sup> ABREU GALINDO, Fray Juan de: *Op. cit.*, pág. 91.

plorar el agua o para que los protegiera de las plagas. En las situaciones más delicadas recorrían procesionalmente toda la cumbre insular hasta La Villa, pidiendo su favor y mediación a lo largo del camino, mientras unos lloraban otros bailaban, y de ahí procede una de las más importantes festividades insulares, «La Bajada de La Virgen». Ella hacía llover, la Señora de Las Aguas tenía esa prerrogativa, era la medidora ante la Divinidad, así lo creían pastores y campesinos que corrían descalzos a su lado, con sus cuencos y lecheras vacías para excitar su piedad, al igual que el *Aranfaybo* ella era la perfecta medianera. Cuando habían obtenido la lluvia la retornaban a su cueva solitaria en las llanuras desérticas de La Dehesa, acompañada sólo por los pastores que residían en los cercanos poblados trogloditas, asentamientos de origen prehispánico habitados por los descendientes de los pastores *bimbapes*. Aquel lugar llegó a ser el corazón de la isla, centro devocional por excelencia; allí ha permanecido hasta la actualidad la imagen, objeto de la intensísima pasión con que el herreño vive su fe en ella. Algo similar tenían los aborígenes en «Los Santillos» de *Bentayca* (*;Bentejís?*) y en el *Aranfaybo*.



[2] Cueva de La Pólvora, al sur de Valverde.

Surge en torno a estos rituales una arquitectura religiosa fuertemente arraigada a la tierra. El *Aranfaybo* se custodiaba en una de las cuevas [2] más amplias y hermosas del norte insular, cercana al valle de *Amoco*, luego La Villa de Valverde<sup>12</sup>; se dice que en esta cueva estuvo, desde principios del siglo xv, la primera parroquia insular bajo la advocación del apóstol Santiago; un siglo después se le levantó a este santo un edificio exento en la zona norte de la población, ermita de piedra y barro que seguía como modelo el prototipo de la vivienda insular, «el pajero» [3], estructura de planta rectangular, paredes de piedra seca irregular y cubierta vegetal apoyada en un «enlatado» de madera cuyo eje principal era una viga que descansaba en los vértices de los hastiales que se conformaban en los laterales más cortos; estas construcciones tenían es-

<sup>12</sup> La aparición de las villas en las islas de señorío hay que entenderla perfectamente insertada dentro de los ideales españoles de finales de la Edad Media, así cada isla de señorío tuvo su villa, directamente relacionada con el poder señorial, pues aunque el señor no residiera en ella, allí tenía una casa.

casísimos vanos, todos adintelados, a veces sólo poseían una puerta, situada normalmente a mitad de uno de los muros más largos, aunque algunas veces tenían una posición asimétrica o estaban bajo el hastial, en el imafronte.



[3] Pajeros herreños.



[4] Cuevas del Caracol en La Dehesa.

También La Virgen de Los Reyes fue depositada inicialmente en una cueva natural y luego se le construyó su primera ermita exenta. La imagen había sido adquirida en 1546 por los pastores de La Dehesa a cambio de víveres que entregaron a un barco que se había refugiado de una fuerte tempestad en el «Mar de Las Calmas». Los compradores la llevaron a su poblado, «Las Cuevas del Caracol» [4], colocándola en la mejor de ellas, «que desde entonces es conocida por Cueva de la Virgen»<sup>13</sup> [5], donde fue venerada, inicialmente lejos del conocimiento e interés eclesiástico, hasta que los pastores, generosos y agradecidos, lograron levantarle una cueva artificial en un lugar muy próximo, hacia el año 1577, para acoger a la imagen «y a los pastores, que pasan las noches de frío rezando y pidiendo al Cielo protección para ellos, y sus familias» y «aquella ermita, veía llegar al vacilante anciano; de pies descalzos; al confiado padre, a la confiada madre»<sup>14</sup>. Era una construcción muy sencilla, toda de piedra, planta rectangular, hastial en el imafronte y en el testero, cubierta a dos aguas y una sola puerta adintelada, con rasgos parecidos a otras construcciones similares del archipiélago<sup>15</sup>.

<sup>13</sup> GARCÍA, Pancho: *Antología de la Bajada de la Virgen de Los Reyes*. Santa Cruz de Tenerife, Excmo. Cabildo Insular de El Hierro - Centro de la Cultura Popular Canaria, 1984, pág. 27.

<sup>14</sup> Actas de la Antigua Cofradía de Nuestra Señora de Los Reyes y de la Fundación Virgen de Los Reyes. *La Virgen de Los Reyes a través de sus Bajadas*. La Laguna, Ediciones Obispado de Tenerife, 2001, pág. 46.

<sup>15</sup> DARIAS PRÍNCIPE, Alberto: «La arquitectura religiosa del siglo XVI en Canarias: propuestas a considerar», en LACARRA DUCAY, María del Carmen (Coord.): *Arquitectura religiosa del siglo XVI en España y Ultramar*. Zaragoza, Institución «Fernando el Católico» - Excma. Diputación de Zaragoza, 2004, pág. 240.



[5] Cueva de La Virgen.



[6] Santuario de La Dehesa.

Cuando la economía lo permitió se cubrió con tejas, material que debió de ser importado, pues las arcillas insulares no eran apropiadas para su fabricación.

La ermita actual [6] está en el mismo solar que ocupó la construcción inicial, pero muy transformada con reformas y añadidos de los siglos XVII al XIX, por lo que el conjunto actual es mucho más amplio, con módulos añadidos y cubiertas de teja que contrastan con sus muros de piedra enfoscados y enlucidos al estilo canario-andaluz, aspecto más bien tardío de la arquitectura insular, encerrado todo el conjunto en un recinto murado que espiritualiza el acercamiento hacia lo Sagrado a través de una serie de accesos graduales. Pero sigue conservando sus líneas ancestrales y el espíritu que lo originó. Los muretes de piedra que aislaban en cierto modo el santuario del entorno y que aparecían inicialmente en todas las construcciones religiosas de la isla podría tener un origen europeo, pero también los aborígenes conocieron esta costumbre de separar las construcciones tanto domésticas como rituales con un murete de piedra que formaba una especie de patio de acceso, tal vez como una simple necesidad, pues así se evitaba que el ganado se acercara a ramonear al pie de las edificaciones.

Esta ermita es contemporánea de otras construcciones religiosas insulares, algunas desaparecidas y otras muy transformadas a lo largo del tiempo, como las ermitas de Santiago, San Andrés [7], Santa Catalina, San Sebastián, San Antón en Las Casas o San Lázaro [8]. Todas ellas seguían las líneas descritas para la ermita de La Dehesa. Es una arquitectura sencilla, pobre, fuertemente arrraigada a la tierra y condicionada por ella, pues los materiales de construcción se obtenían «in situ». Este arraigo daba como resultado unas construcciones que, incluso a corta distancia, quedaban difu-



[7] Ermita de San Andrés.



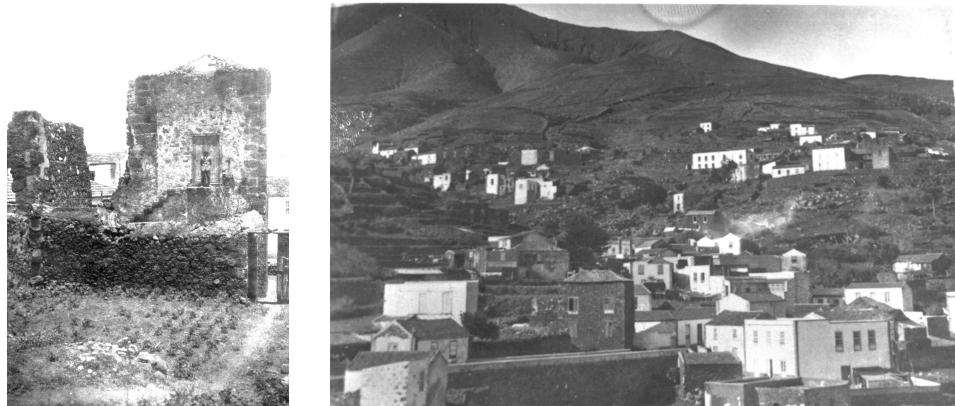
[8] Ermita de San Lázaro en la zona norte de La Villa.

minadas en el paisaje, confundidas con la vegetación y el terreno, tanto por sus colores terrosos, grises y ocres, como por sus reducidas dimensiones y su tendencia a aprovecharse de los accidentes del terreno. Las tipologías son todas muy simples, siguiendo las líneas de la ya descrita arquitectura doméstica, enraizada en la tradición insular y con unos sistemas constructivos emparentados tanto con el trabajo de la piedra que usaban los aborígenes en la construcción de sus viviendas<sup>16</sup> y de sus conjuntos rituales, como con aquellos que a lo largo de los siglos XV y XVI introdujeron los colonos recién llegados del norte peninsular; ambos modos de hacer se enriquecieron y transformaron mutuamente, dando como resultado unas estructuras peculiares que son fácilmente identificables como herreñas.

A mediados del siglo XVI comenzó la construcción de edificios de mayores dimensiones, pero de ellos ya no queda sino el recuerdo; hacia 1544 se estaba levantando el templo parroquial de Nuestra Señora de La Concepción, un enorme edificio que seguía, en lo fundamental, las líneas y el modelo de las ermitas insulares, pero sobredimensionadas<sup>17</sup>. Hacia 1580 ya se había levantado también el convento franciscano de San Sebastián Mártir, sobre el solar de la ermita con la misma advocación que ya existía en el sur de Valverde y que desapareció absorbida por la nueva estruc-

<sup>16</sup> JIMÉNEZ GÓMEZ, María de La Cruz (Directora): *Prehistoria de El Hierro*, Santa Cruz de Tenerife, Gobierno de Canarias - Consejería de Cultura y Deportes - Cabildo Insular de El Hierro, 1985, págs. 59-62.

<sup>17</sup> ARCHIVO HISTÓRICO DE LA DIÓCESIS DE SAN CRISTÓBAL DE LA LAGUNA: Libro n.º 57, Libro de visitas, Visita de José Tovar y Sotelo, 1719, fols. 3-4v.



[9] Ruinas del Camarín del Convento Franciscano de Valverde.

tura. De este cenobio apenas se conservan descripciones incompletas y algunas fotografías de finales del siglo XIX que recogen lo que quedaba de sus ruinas: piedras amontonadas, paredes derruidas y un desvencijado camarín [9].

Consciente de la osadía y el riesgo de contradecir la secular y difundida teoría de que los conquistadores arrasaron con una cultura de origen africano e implantaron otra que tenía sus raíces en la Europa medieval, conviene indicar que partimos del supuesto, perfectamente contrastable, de que este empezar de cero no es del todo exacto para la isla de El Hierro, donde los aborígenes no sólo no fueron exterminados como algunos pretenden, sino que se mantuvieron, a lo largo de todo el siglo XV, como una fuerza activa, mayoritaria y, en muchas ocasiones, rebelde. La convivencia los fue haciendo más dóciles y próximos a los colonos hacia finales de la centuria. Es verdad que los europeos se llevaron muchos esclavos, especialmente varones jóvenes y fuertes, pero allí quedaron niños, mujeres y ancianos, y estos últimos eran precisamente los depositarios de sus conocimientos ancestrales y de ellos aprendieron los colonos vascos, astures o extremeños, sólo por nombrar algunos, ya que fue una población de aluvión la que allí se asentó. De los aborígenes aprendieron cómo desplazarse por la isla siguiendo los caminos más seguros, ellos les enseñaron los mejores pastos para el ganado en cada estación del año y qué materiales eran los más resistentes y adecuados para levantar sus casas. Es verdad que los modelos fueron cambiando, adaptándose al gusto de los recién llegados, lo propio de una aculturación, o de una transculturación, si se prefiere, porque fue eso lo que se produjo, un intercambio de conocimientos en el seno de una sociedad de frontera, marginal y olvidada, que tenía pocos intereses para los poderes religiosos y políticos españoles, abandonada en manos de un poder señorial absentista.

Los principales caminos insulares, para desplazarse con ganados y bestias, ya estaban trazados por los aborígenes, ellos los usaban desde épocas inmemoriales, y transmitieron este conocimiento a los nuevos pobladores, que los adoptaron rápidamente porque los encontraron necesarios y útiles, sin alternativas posibles; de ahí que se hayan seguido usando hasta fechas muy recientes, sustituidos solamente con la aparición del automóvil y las carreteras a partir de la década de los treinta del siglo XX. En algunos de estos caminos, marcando las inflexiones o los puntos más escarpados, peligrosos y accidentados, surgieron lugares de devoción mariana, en honor al poder femenino protector, en pequeñas cuevas (úteros de la tierra); al borde del camino colocaban alguna imagen o símbolo religioso para pedir protección y dar las gracias. Aún hoy se conservan ermitas [10] y santuarios rupestres [11] relacionados con estas vías de comunicación que remontan sus orígenes a este período de aculturación, por lo que cabría preguntarse hasta qué punto no eran lugares ya sacralizados por los *bimbapes* con anterioridad a la conquista.



[10] Ermita de Jinama.



[11] Ermita de La Peña.

Para dar más consistencia a la hipótesis que nos ocupa podemos hacer referencia a otras muchas costumbres curiosas, relacionadas con las creencias populares, que se llevaron a cabo hasta el siglo XIX y que nos pueden remontar también a los rituales aborígenes, prolongados a lo largo del tiempo, aunque bien es verdad que muchos de ellos tienen una larga tradición entre los pueblos mediterráneos y del norte de África.

Aún hoy, en «La Bajada de La Virgen» [12], una de las tradiciones festivas más arraigadas en el espíritu insular, podemos advertir la escasez de aspectos cristianos que la guían. Entre gritos de júbilo y atronadores toques de tambor, repiqueo de cháracteras y melodías de pitos, pies descalzos y torturados por las dificultades del camino, lágrimas, *loas* y sacrificios, donde todo se comparte y donde la isla se hace una, nos podemos remontar, salvando las evidentísimas diferencias, al mundo pagano abo-

rigen, no sólo en sus rogativas propiciatorias, sino también en uno cualquiera de sus *guatativoas*<sup>18</sup>.

Lo único de cristiano la advocación de la imagen y el control que sobre ciertos aspectos ejerce el obispado que, por más que lo ha intentado a lo largo de la historia, no ha logrado crear ese ambiente de recogimiento devocional católico que siempre ha pretendido. El eje de la fiesta es una imagen de María con Jesús en los brazos, pero ya los *bimbapes* poseían una divinidad masculina (*Eraoranhan*) y otra femenina (*Moneyba*) y por eso poco les costó asimilar una nueva fe que les presentaba como símbolos centrales las imágenes de María y Jesús, a los que denominaron con el nombre de sus divinidades ancestrales durante más de un siglo.

Tenían los *bimbapes* un estilo de vida trashumante como respuesta a su economía pastoril de supervivencia, que les obligaba a desplazarse por la isla, entre las cumbres y las costas, según las temporadas del año, buscando los mejores pastos y los mejores asentamientos para ellos y para sus ganados. En invierno bajaban a las costas, cuyos pastos reverdecían, con temperaturas más llevaderas. Cuando los calores del verano apretaban se desplazaban hasta las zonas de medianía y las cumbres, a los pinares y a los bosques de fayal-brezal y laurisilva, buscando el frescor de sus pastos. Esta costumbre de desplazamientos temporales se siguió practicando después de la conquista y aún en pleno siglo XX eran normales estas «mudas» estacionales. Este aprendizaje se transmitió de los aborígenes a los primeros colonos a lo largo de los siglos XV y XVI, durante ese proceso de asimilación de conocimientos que fundió a los dos pueblos, sin olvidar que los colonos procedían mayoritariamente de Castilla, donde ya estaban relacionados con un tipo de ganadería trashumante de largo recorrido; tal vez por eso la agricultura se incorporó lentamente y tardó bastante en arraigar.



[12] Bajada de La Virgen.



[13] Ruinas de La Albarrada.

<sup>18</sup> Festividad aborigen que reunía a toda la colectividad, en la que se mataban varios corderos y se comía en abundancia.

Se reafirma todo lo dicho al advertir que los primeros asentamientos posteriores a la conquista se levantaron sobre los poblados establecido por los aborígenes, que ya habían elegido los mejores lugares para vivir, donde se encontraban las cuevas más espaciosas y donde abundaba la piedra para la construcción, cerca de los *eres*<sup>19</sup>, las fuentes y otros puntos de abastecimiento de agua y donde los pastos eran los más adecuados para el ganado. Valverde<sup>20</sup> se desarrolló sobre una población preexistente del Valle de *Amoco*; La Albarrada [13] y Las Montañetas también habían conocido un asentamiento previo en la época prehispánica y la continuidad entre aborígenes y colonos parece haber sido gradual. Algunos restos materiales y las investigaciones recientes pretenden lo mismo para poblaciones como El Pinar y el poblado cavernícola de La Dehesa [14]. Guinea [15] conoció una población continuada y constante desde la época aborigen hasta fechas muy cercanas y no se advierte allí ningún tipo de ruptura en la ocupación, sino una evolución, lo que hace suponer que en aquel asentamiento los aborígenes continuaron siendo mayoritarios incluso después de la conquista y fueron fundiéndose, poco a poco, con los colonos, quizás a lo largo de los siglos XV y XVI.

Son aún muchas las costumbres y tradiciones insulares que están por analizar y otras que están siendo investigadas, por lo que en el futuro se podrá profundizar más en este mestizaje cultural y en el proceso de aculturación que se llevó a cabo en el período de transición que se produjo en este mundo fronterizo entre los siglos XIV y XVI.



[14] Montaña de Las Cuevas (La Dehesa).



[15] Poblado de Guinea.

<sup>19</sup> Charcos que se formaban en el cauce de los barrancos y que conservaban agua durante casi todo el año.

<sup>20</sup> JIMÉNEZ PÉREZ, Modesto: *El origen de la Villa de Valverde. La problemática de la capitalidad en la isla de El Hierro*. Arafo (Tenerife), Ayuntamiento de Valverde, 2003.